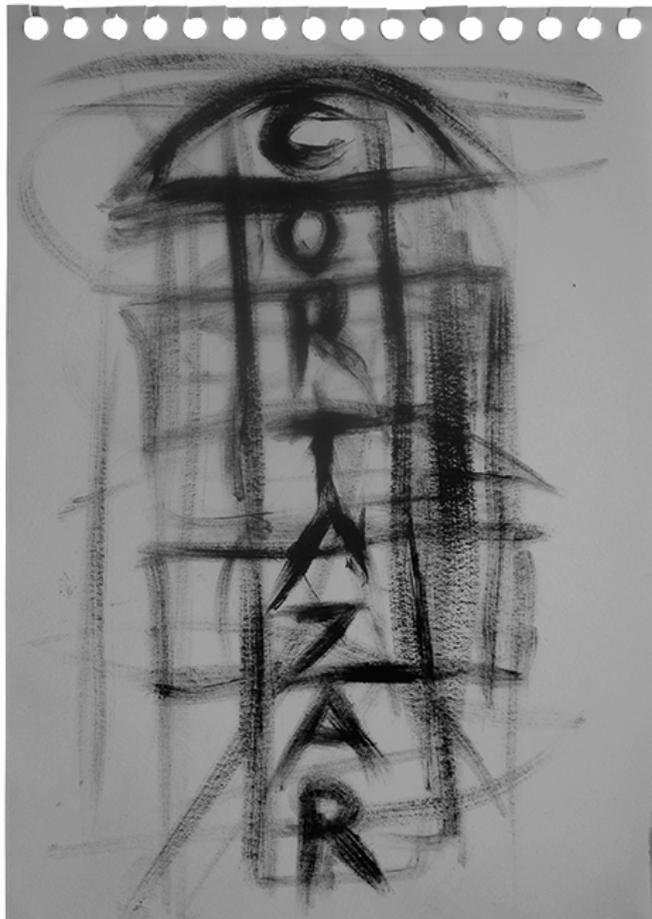


El libro del humor y la ternura

Gonzalo Celorio

En los convulsos años precedentes a los movimientos estudiantiles de París y México apareció una novela que subvertía los cánones del género, que involucraba al lector como participante activo en la estructuración misma de la obra, que admitía muchos órdenes de lectura y aun el abandono de numerosos capítulos que su propio autor consideraba prescindibles, que sabía reír como no lo habían hecho nuestros libros precedentes —tan proclives a la solemnidad— y que exploraba facetas inéditas en la historia de las letras latinoamericanas, como el humor y la ternura. Pero no sólo cambió con inusitada jovialidad nuestros conceptos de la literatura, sino también de la vida consuetudinaria: del amor y el erotismo a la cultura y la crítica, del juego y la imaginación a la denuncia y la conciencia política. Leí *Rayuela* con tal asiduidad que sus páginas se fueron adelgazando hasta adquirir una condición semejante a la del papel biblia e involuntariamente me aprendí de memoria muchos de sus capítulos, tex-

tos autónomos, que tienen la eficacia de un cuento corto y el resplandor de un poema. Si desaparecieran del planeta y del ciberespacio todas las ediciones de *Rayuela* creo que entre mis amigos y yo podríamos reconstruirla. Fue un libro que se nos quedó tatuado en el alma y que ciertamente nos transformó la vida. A partir de su lectura empezamos a caminar de otro modo, a ver el mundo con otros ojos, aprendimos a reír y conocimos la pujante fuerza del humor, porque, como dice Cortázar en alguna página de *Rayuela*, “el sentido del humor ha cavado más túneles sobre la tierra que todas las lágrimas que se han derramado sobre ella”. Pero sobre todo, comenzamos a leer de otra manera, porque Cortázar no sólo tuvo influencia decisiva sobre nosotros sino que transformó retroactivamente a los escritores precedentes. Después de *Rayuela* no podemos leer igual que antes a Edgar Allan Poe y José Lezama Lima, a Macedonio Fernández y Julio Verne, a Guillaume Apollinaire y Felisberto Hernández.



Gabriel Macotela